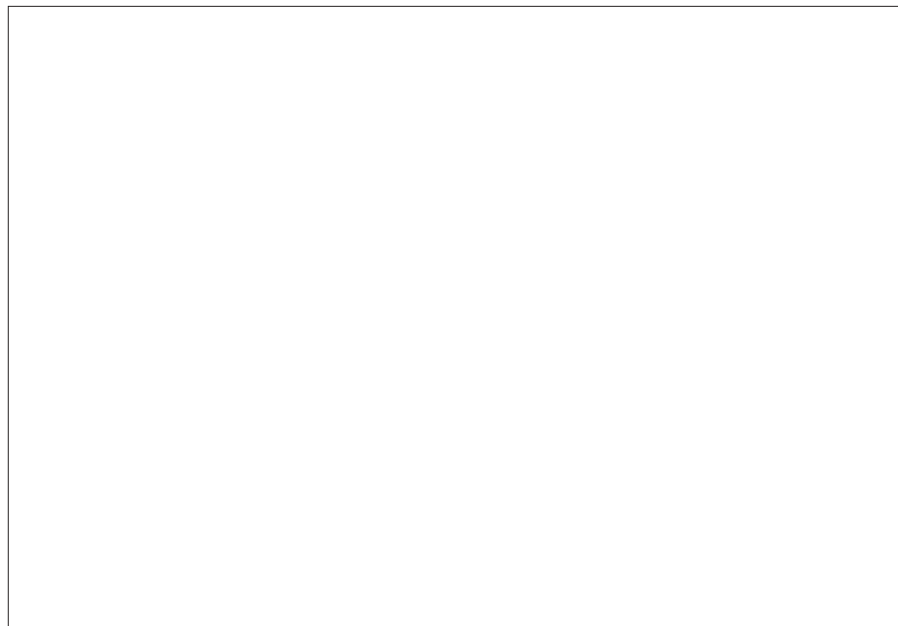


# El sabor de la tierra

JOSÉ MARÍA DE PEREDA  
EDITORIAL AUSTRAL

José María Pereda (Polanco 1833-Santander 1906) es un escritor que refleja en su narrativa una ideología conservadora con técnica y estilo realistas. Lo mejor de su obra son las novelas de ambiente rural, en las que abundan sus descripciones de paisaje y los diálogos de tono nostálgico. 'El sabor de la tierra' (1882) del que extraemos hoy un pasaje, 'Sotileza' (1885) sobre las gentes del mar y 'Peñas arriba' (1893) sobre la montaña santanderina son sus obras más conocidas.

El texto que presentamos es un brillante ejercicio de capacidad descriptiva y de sentido poético de la realidad aplicados en este caso a los árboles y al paisaje.



La cajiga aquella era un soberbio ejemplar de su especie: grueso, duro y sano como una peña el tronco, de retorcida veta, como la filástica de un cable; las ramas, horizontales, rígidas y potentes, con abundantes y entretrejiditos ramos; bien picadas y casi negras las espesas hojas; luego otras ramas, y más arriba otras, y cuanto más altas más cortas, hasta concluir en débil horquilla, que era la clave de aquella rumorosa y oscilante bóveda.

Ordinariamente, la cajiga (roble)

es el *personaje* bravío de la selva montañesa, indómito y desaliñado. Nace donde menos se le espera; entre zarzales, en la grieta de un peñasco, a la orilla del río, en la sierra calva, en la loma del cerro, en el fondo de la cañada... En cualquier parte.

Crece con mucha lentitud; y como si la inacción le aburriera, estira y retuerce los brazos, bosteza y se esparranca, y llega a viejo dislocado y con jorobas; y entonces se echa el ropaje a un lado y deja el otro medio

desnudo. Jamás se acicala ni se peina; y sólo se muda el vestido viejo cuando la primavera se lo arranca en harapos para adorarle con el nuevo; le nacen zarzas en los brazos, y se deja invadir por la hiedra, que le oprime y le chupa la savia. Esta incuria le cuesta la enfermedad de algún miembro, que, al fin, se le cae seco a pedazos, o se le amputa con el hacha el leñador; y en las cicatrices, donde la madera se convierte en húmedo polvo, queda un seno profundo, y allí crecen el muérdago y el helecho, si no le eligen las abejas por morada para elaborar ricos panales de miel que nadie saborea. Es, en suma, la cajiga un verdadero salvaje entre el haya ostentosa, el argentino abedul, atildado y geométrico, y el rozagante aliso, con su cohorte de rizados acebos, finas y olorosas retamas y espléndidos algortos.

Pero el ejemplar de mi cuento era de lo mejorcito de la casta; y como si hubiera pasado la vida mirándose en el espejo de su pariente la encina, pareciase mucho a ella en lo fornido del cuerpo y en el corte del ropaje.

Alzabase majestuoso en la falda de una suavísima ladera, al Mediodía, y servíale de cortejo espesa legión de sus congéneres, enanos y contrahechos, que se extendían por uno y otro lado, como cenefa de la falda, asomando sus jorobas mal vestidas y sus miembros sarmentosos, entre marañas de escajos y zarzamora.

Más fino lo gastaba el gigante, pues asentaba los pies en verde y florido césped, y aun los refrescaba en el caudal, siempre abundante y cristalino, de una fuente que a su sombra nacía, y que el ingenio campesino había encajonado en tres grandes lastras, dejando abierto el lado opuesto al que formaba la natural inclinación del terreno, para que saliera el agua sobrante y entraran los cacharros a llenarse de la que necesitaban.

Al otro lado del tronco, no más distante de él que la fuente, habíase cavado ancho y cómodo peldaño, capaz de seis personas, que la fertilidad natural del suelo revistió bien pronto de verde y mullido tapiz. Desde aquel asiento, lo mismo que desde la fuente, podía la vista recrearse en la contemplación de un hermoso panorama; pues, como si de propio intento fuese hecho, la faja de arbustos se interrumpía en aquel sitio, es decir, enfrente de la cajiga, de la fuente y del asiento, en gran espacio.

En primer término, una extensa vega de praderas y maizales, surcada de regatos y senderos; aquellos, arrastrándose escondidos por las húmedas hondonadas; éstos, buscando siempre lo firme de los secos altozanos. Por límite de la vega, de Este a Oeste, una ancha zona de oteros y sierras calvas; más allá, altos y silvosos montes con grandes manchas verdes y sombrías barrancas; después, montañas azuladas; y todavía más lejos, y allá arriba, picos y dientes plumizos recortando el fondo diáfano del horizonte.

Subiendo sin fatiga por la ladera, y a poco más de cincuenta varas de la fuente, de la cajiga y del asiento, se llega al borde de una amplísima meseta, sobre la cual se desparrama un pueblo, entre grupos de frutales, cerca de fragante seto vivo, redes de camberones, paredes y callejas; pueblo de labradores montañeses, con sus casitas bajas, de anchos aleros y hondo soportal; la iglesia en lo más alto, y tal cual casona, de gente acomodada o de abolengo, de larga solana, recia portalada y huerta de altos muros.

A su tiempo sabrá el lector cuanto le importa saber de este pueblo, que se llama *Cumbrales*. Entretanto, hágame el obsequio de subir conmigo al campanario, en la seguridad de que no ha de pesarle la subida. Y

pues acepta la invitación, vamos andando.

Ya estamos en el porche de la iglesia. ¿Te llama la atención el pórtico? Es bizantino: hay muchos como él en la Montaña. Lo restante del templo es *trasmerano* puro, ya retazos y por obra de misericordia. Entremos en él. Pobreza como afuera, y el mal gusto de la rustiquez de estas gentes. La Virgen con bata, lazos y papalina; un santo Cristo, no mala escultura, con zaragüelles; los soldados de la Pasión con botas y gregüescos; junto al Sagrario, ramos de papel dorados; y en las columnas de los altares, no malos ciertamente, litografías colgadas. (La intención ve Dios más que las obras). Un coro postizo, labrado a hachazos, y una mala escalera para subir al campanario. Valor... ¡y arriba! Ya llegamos.

La altura del observatorio nos permite examinar el paisaje en todas direcciones. ¡Hermoso cuadro, en verdad! La meseta llega, por el Oeste, a la zona de sierras, y con ella se funde cerrando la vega por este lado. En el recodo mismo que forman la meseta y la sierra, al unirse, hay otro pueblo, recostado en la vertiente y estribando con los pies en aquel extremo de la vega.

El nombre le cae a maravilla: *Rinconeda*.

Le envuelven por los flancos y la espalda espesos cajigales y castañeras, que hacia la parte de *Cumbrales* se desvanecen en la faja de arbustos ya descrita. Al Este, mengua la meseta, declina suavemente; y cargada de caseríos, huertos y solares, se agazapa y desaparece en

el llano de la vega, la cual continúa en rápida curva hasta el Noroeste, con su barrera de montañas, bajas y redondas desde Oriente a Norte. Entre las *barriadas* de *Cumbrales*, *llosas* abrigadas; en el suave declive occidental de la meseta, brañas, turbas y junqueras; y en la llanura, otra vez prados y maizales, y el río, que corriendo de Poniente a Levante, los recorta y hace en el valle un caprichoso tijereteo, mientras se bebe en un solo caño los varios regatos que vimos deslizarse al otro lado de la vega. Más allá del río y de las mieses, sierras y bosques; entre ellos y sobre los cerros cultivados, pueblecillos medio ocultos en alegre anfiteatro, y caseríos dispersos; y por límite de este conjunto pintoresco y risueño, las montañas, que vuelven a crecer y cierran la vasta circunferencia al Oeste, donde se alzan, en último término, gigantes de granito coronados de nieve eterna, como diamante colosal de este inmenso anillo.

A la parte de allá de la sierra que domina y asombra a *Rinconeda*, está la villa, de la cual se surten los pueblos que vemos, de lo que no sacan del propio terruño. Enfrente, es decir, a este otro lado y allende las montañas, está la ciudad. Hay más de seis leguas entre ésta y la villa. Por último, detrás de esa gran muralla del Norte se estrella el Cantábrico, camino de la desdicha por la mitad de la juventud de esos pueblos, tocada de la manía del oro, que se imagina a montones al otro lado de los mares.